



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

¿INCOMUNICACIÓN O MIEDO?

XI

LOS MIEDOS DEL HOMBRE

Aquilino Polaino-Lorente*

1. INTRODUCCIÓN

El miedo del hombre constituye un tema capital en el pontificado de Juan Pablo II, como él mismo nos lo ha recordado de forma reiterativa a lo largo de estos largos 26 años de pontificado.

Los miedos del hombre constituyen también uno de los ejes principales en que más ha volcado su pensamiento. Nada de particular tiene, entonces, que en la mañana del 22 de octubre de 1978, en que se estrenaba y abría al mundo su pontificado, sus primeras palabras al dirigirse a la multitud concentrada en San Pedro —y también a los miles de personas que le seguían a través de la TV— fuesen, precisamente estas: «No tengáis miedo». Por eso, quien esto escribe entiende que la cuestión de los miedos del hombre podría constituir una cuestión emblemática del pensamiento antropológico de Juan Pablo II.

Más tarde, hemos sabido, por él mismo, que esas palabras no se le ocurrieron a él, sino que se las inspiró el Espíritu Santo. «Su contenido —tal y como nos confiesa en este libro— provenía más del Espíritu Santo, prometido por el Señor Jesús a los apóstoles como Consolador, que del hombre que las pronunciaba»¹. Ciertamente, las palabras del Papa, «no tengáis miedo», recogen las palabras de Jesucristo en el Evangelio. Pero tal advertencia —ese consejo, ese grito animoso que retumbó en la plaza de San Pedro— supone admitir un hecho previo: que el hombre contemporáneo tiene miedo. Y es precisamente a ese miedo al que el Papa está tratando de responder desde aquel feliz día. Si el hombre no tuviera miedo, las palabras de Juan Pablo II no

* Catedrático de Psicopatología. Director del Departamento de Psicología de la Universidad San Pablo-CEU.

1 Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona, Plaza & Janes, 1994, p. 213.

tendrían sentido y no habrían despertado el eco clamoroso que desde aquella ocasión, de forma incesante, les acompaña.

Pero la verdad es muy otra. La multitud allí concentrada sintonizó inmediatamente con esa aserción, lo que ratifica empíricamente que tal consejo —casi una petición imperativa para el hombre de finales del siglo XX y comienzos del XXI— venía a cuento. Nadie, pues, se atreverá a desmentir el alcance y la validez social de estas palabras.

En cierto modo, los miedos del hombre actual constituyen el eje vertebral que atraviesa y aglutina los contenidos de un libro, cuyo título describe, con gran acierto, el momento presente en que nos encontramos: «Cruzando el umbral de la esperanza». Una situación ésta, que sirve de diagnóstico de la actual sociedad, al mismo tiempo que nos abre a lo que será su solución, la terapia de esos miedos, en el horizonte de la fe católica.

La consideración de su pensamiento antropológico, a este respecto, nos invita a una reflexión profunda, desde la cual poder habérmola con el mundo actual y con nosotros mismos, a la vez que nos ofrece, como un pozo sin fondo, el agua que el hombre necesita para apagar su sed.

En las líneas que siguen, se ofrecerán de forma sucinta, y a fin de cierta sistematización, los tres principales miedos que anidan en el hondón de la intimidad del hombre contemporáneo: el miedo de sí mismo, del mundo y de Dios.

2. SUPUESTOS FILOSÓFICOS DE LOS MIEDOS DEL HOMBRE

Parece necesario hacer una consideración previa, de carácter introductorio: la necesidad de distinguir aquí entre miedo y temor. El *miedo* es irracional, el miedo no es reflexivo. El hombre tiene miedo y no sabe de qué, y a pesar de que le acosemos a preguntas, casi nunca acierta a explicarnos de qué y por qué tiene miedo.

El *temor* es otra cosa. El temor pasa por la reflexión. El temor tiene que ver con la racionalidad, con la perspectiva, con el horizonte, con el futuro, con lo que todavía no es pero puede llegar a ser. El temor es algo que se compecede mejor con la hechura humana, con el ser racional y libre que es el hombre.

Pero antes de introducirnos en el estudio de estos miedos del hombre, permitidme que vaya a su fundamentación, a las claves filosóficas que pueden explicitarlos y hacerlos más comprensibles. Juan Pablo II es, qué duda cabe, un buen filósofo y esto, obviamente, se manifiesta en su modo de afrontar los problemas, especialmente aquellos que se refieren a la antropología. Esta perspectiva enriquece, lógicamente, el abordaje de tan importantes cuestiones, que en su ausencia quedarían desatendidas y empobrecidas.

Juan Pablo II conoce muy bien la filosofía y pone de manifiesto su propio pensamiento, así como el hecho de conocer mejor y haber optado más por unos autores que por otros. Éste es el caso de Emmanuel Lévinas, Martin Buber y Franz Rosenzweig, a quienes cita con frecuencia en sus textos.

Esto pone de manifiesto su opción por el *personalismo*, tal vez porque sitúa donde debe estar, donde corresponde el núcleo de lo que es la persona humana. Algunos lectores han manifestado su desacuerdo —un tanto escandalizados— con esta opción elegida. Para quien esto escribe, sin embargo, el contacto y la apelación a tal opción ha supuesto un viento fresco e innovador y muy a propósito para combatir el propio miedo. Por eso, agradece muy de veras la valentía y libertad de espíritu puestas de manifiesto por su autor.

No es fácil adentrarse en los miedos del hombre, a través de sus supuestos filosóficos, aunque tal modo de proceder no sólo sea conveniente, sino del todo necesario.

A los miedos del hombre, Juan Pablo II contrapone la historia de la salvación, además de pasar revista a la historia del pensamiento. Para la comprensión del actual pensamiento filosófico es necesario remontarse a Descartes, en el que se «inaugura el *gran giro antropocéntrico de la filosofía*. "Pienso, luego existo" es el lema del racionalismo moderno»². Descartes sitúa al pensamiento más allá y por encima de todas las cosas. «Descartes, con la absolutización de la conciencia subjetiva, lleva más bien hacia la *pura conciencia del Absoluto*, que es el *puro pensar*; un tal Absoluto no es la *existencia autónoma*, sino en cierto modo el *pensar autónomo*: solamente tiene sentido lo que se refiere al pensamiento humano; no importa tanto la verdad objetiva de este pensamiento como el hecho mismo de que algo esté presente en el conocimiento humano»³.

En otras palabras, cuando el pensamiento se pone por encima de la verdad, acaba situándose por encima del ser. He aquí el punto central para entender qué pasa en nuestro mundo y por qué tiene miedo el hombre. Si no se respeta la verdad del ser, tampoco se respetará el ser capaz la contenerla. Pero, en ese caso, el conocimiento del ser resultará invalidado. Porque el ser ofrece una cierta resistencia a ser conocido por el hombre y sólo nos entrega su verdad, cuando el hombre se entrega a su conocimiento, con tal que respete la naturaleza de su ser y de su verdad.

Cuando este respeto no se satisface —por haber magnificado el pensamiento—, entonces, el pensamiento del hombre —a causa de su errónea autonomía o como consecuencia de ella— se sitúa en una órbita que no es real y que nada tiene que ver con la realidad que pretende conocer. Éste es el origen del idealismo y subjetivismo

2 Ibid. p. 67.

3 Ibid. p. 68.

modernos, de los que han derivado los numerosos "ismos" (inmanentismo, empirismo, positivismo, pragmatismo, etc.) que asfixian y sofocan la capacidad de verdad que hay en el hombre.

2.1. El relativismo contemporáneo

La consecuencia del subjetivismo moderno es que no hay verdad, una vez que el ser aparece ultrajado y desnaturalizado —como lo que no es— y ha perdido su capacidad de interpelación al hombre como algo trascendental. De aquí la formulación tan extendida de que "toda verdad es relativa". Pero, si toda verdad fuera relativa, entonces este mundo no podría ser conocido por el hombre o, lo que es lo mismo, habrá tantos mundos como personas o cognoscentes haya.

En un contexto relativista, como el que caracteriza a la actual sociedad, el dominio del mundo (por relativizado) y la comunicación interpersonal (por relativizadora) resultan inviables. Sin conocimiento, toda la realidad se hunde en la oscuridad y la ignorancia. Y la ignorancia y la oscuridad —no se olvide— suscitan en el hombre el miedo a lo desconocido.

¿Hacia dónde nos ha conducido el racionalismo introducido por Descartes? En primer lugar, a la secularización; y, en segundo lugar, al laicismo. A nadie se le oculta que, en el momento actual, la sociedad española está afectada por un laicismo radical, consecuencia de la secularización a que estuvo sometida en la década de los setenta. Tal aserto podría probarse con datos empíricos y sociológicos. La generación de los jóvenes que ahora tienen veinte años, no es que se haya secularizado, no es que haya vuelto la espalda al misterio de la fe y de la formación cristiana, sino, sencillamente, que están en otra órbita. No es que la persona haya hecho una traición al contenido o al depósito de la fe, sino que simplemente ignora todo, porque no ha oído hablar de ella.

El endiosamiento de la razón, es decir, la caída en el racionalismo, hace que el hombre pierda sus referencias y que no pueda saber quién es. En lugar de tratar de ser imitador de Dios, que es lo propio del hombre —por ser imagen y semejanza suya—, su nueva y secularizada trayectoria se orienta hacia otro destino, hacia un destino que no le pertenece porque no es el suyo. La nueva trayectoria emprendida resulta enajenada y errática, pues aliena al hombre que, en esas circunstancias, no puede identificarse ni desarrollar la semejanza en que, desde el principio, fue constituido. Si el hombre no se comporta como el ser que busca su identidad en Dios, él mismo deviene en un ser inauténtico, vacío de identidad personal. En el fondo, una persona es tanto más idéntica a sí misma cuanto más se asemeja a Dios.

Al reclamar para el pensamiento un estatuto ontológico autónomo y no sometido a la verdad, la razón erróneamente se diviniza. En unas circunstancias como éstas,

nada de particular tiene que el hombre considere que encuentra su identidad sólo en la medida en que se identifica con la razón y no con Dios. Asistimos, entonces, a la sustitución de Dios por la razón y, en ese nuevo ámbito, ya no hay lugar para la fe; allí sólo hay cabida para el racionalismo.

Consecuencia del racionalismo es sobrepujar, aumentar, acrecer esos miedos, haciendo del hombre un ser cada vez más instalado en lo irracional. El racionalismo no abre al hombre al mundo cognoscitivo, sino que lo encierra todavía más en su subjetividad. Por su concurso, el hombre deviene en una realidad herméticamente cerrada e impermeable respecto del conocimiento de la verdad, lo que facilita que se acunen en su intimidad los miedos irracionales.

En el fondo, el *racionalismo* es como volver a un estadio primitivo, en que sin la luz de la fe, la razón se hace monstruosa, generando nuevos mitos y nuevos miedos. Y esto a pesar de la poderosa carga de operativismo instrumental —de razón instrumental— de que dispone el racionalismo; instrumentos y métodos que continuarán haciendo crecer la técnica. Pero la técnica también puede volverse contra el hombre y en él suscitar el miedo a lo que él mismo ha producido con sus manos.

Los hitos que jalonan la anterior secuencia, dicho con toda brevedad, son los siguientes: sustitución de Dios por la razón humana; identificación del hombre con la razón; y divinización de la razón. ¿A qué conduce esto? A que cada persona simule convertirse en Dios (subjetivismo); a que cada hombre sea la medida de todas las cosas y personas, incluso del mismo Dios; a que la razón del hombre mida a Dios pero sin dejarse medir por Él, es decir, a invertir justamente lo que la fe y la verdad nos enseñan cuando la razón ocupa su lugar y se somete y respeta la verdad del ser. Estamos ante la divinización o, mejor dicho, la seudodivinización atea del hombre.

2.2. La expulsión de Dios del universo

El hombre ateo juega a ser Dios; no aspira sino que ya se cree Dios, algo que suena a blasfemia y, en verdad, lo es. Porque el fin del hombre es tratar de asemejarse a Dios para así darle gloria; el fin del hombre es ser feliz a través, precisamente, de esa semejanza en la que alcanza su más radical identidad y autenticidad, porque ése y no otro es el fin para el que ha sido hecho.

Continúa Juan Pablo II: «La Revolución francesa, durante el Terror, derribó los altares dedicados a Cristo, derribó los crucifijos de los caminos, y en su lugar introdujo el culto a la diosa Razón [...]. Sin embargo, el proceso de alejamiento del Dios de los Padres, del Dios de Jesucristo, del Evangelio y de la Eucaristía no trajo consigo la ruptura con un Dios existente más allá del mundo. De hecho, *el Dios de los deístas estuvo siempre presente* [...] Este Dios, sin embargo, es decididamente *un Dios fuera del mundo*. Un Dios presente en el mundo aparecía como inútil a una mentalidad

formada sobre el conocimiento naturalista del mundo; igualmente, un Dios operante en el hombre resultaba inútil para el conocimiento moderno, para la moderna ciencia del hombre, del que examina sus mecanismos conscientes y subconscientes. *El racionalismo iluminista puso entre paréntesis al verdadero Dios y, en particular, al Dios Redentor. ¿Qué consecuencias trajo esto? Que el hombre tenía que vivir dejándose guiar exclusivamente por la propia razón, como si Dios no existiese*». No sólo había que prescindir de Dios en el conocimiento objetivo del mundo —debido a que la premisa de la existencia del Creador o de la Providencia no servía para nada a la ciencia—, sino que había que actuar como si Dios no existiese, es decir, como si Dios no se interesase por el mundo»⁴.

Este esclarecedor análisis ilumina la actual situación del hombre sobre la tierra. Se expulsó a Dios del mundo, de la ciencia y de la vida del hombre, pero permitiéndole que entrara de incógnito por la puerta trasera, la precientífica, irracional y mítica, donde hoy parece estar relegado. De hecho, la presencia de Dios en el mundo actual convive —aunque relegada y desvitalizada— con el triunfo de las ciencias naturales y sociales, sólo que aparcada en la oscuridad de un ámbito marginal, callada y muda, desde el que parece haberse tornado indiferente o impotente a lo que al hombre inquieta. En el discurso del “pensamiento dominante”, que caracteriza al actual posmodernismo, da la impresión de que la presencia de Dios estorba a la ciencia, el progreso y la técnica, aunque sin Él, paradójicamente, ninguno de ellos serían posibles.

En este punto, el racionalismo se ha metamorfoseado y deviene en *positivismo* radical: lo que el hombre no pueda conocer empíricamente, simplemente, no existe. Dios no se puede conocer empíricamente, luego no existe. Pero tal argumento niega la común experiencia humana. En toda persona hay una conciencia, una experiencia de Dios, y no se puede decir que esta experiencia no acontezca en el ámbito de lo empírico. Pero hay más. En cada persona reverbera —todo lo lejana que se quiera— una cierta presencia de Dios, la que corresponde a su hechura divina, a la “*imago Dei*” que es. En cada persona, por muy numerosos que sean sus errores, siempre reverbera, sin embargo, esa presencia —hoy ignorada— de Dios.

Lo que el hombre de hoy no soporta es precisamente esa experiencia de Dios que se trasluce en su propia persona. Tanta es la insoportabilidad de la presencia de Dios en cada persona, que el hombre contemporáneo no sólo ignora esa presencia inefable de Dios, sino que —una vez que ha negado a Dios—, no puede hacer otra cosa que ignorar a la persona. Y como esa experiencia no puede explicarse racionalmente —tampoco se está dispuesto a ello—, la conclusión es que pasamos indiferentes frente a las personas que se cruzan en nuestro camino o, tal vez, las percibimos sólo como enemigos

4 *Ibíd.*, pp. 69-70.

potenciales, por lo que ya no nos fiamos de nadie. El hombre contemporáneo se ha instalado así en la *cultura de la sospecha*. He aquí el horizonte más conforme para desde él otear sus propios miedos.

3. EL HOMBRE TIENE MIEDO DE SÍ MISMO

Ahora detengámonos en el análisis de algunos de estos miedos, de aquellos que, en opinión de quien esto escribe, se presentan actualmente como más frecuentes y relevantes.

El hombre tiene miedo de sí mismo. El primer miedo que el hombre tiene, es *a lo que él mismo ha producido*. Y aquí los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente. El hombre tiene miedo de la sofisticadas técnicas de fecundación y reproducción artificial de la vida humana. Y es lógico ese temor, porque estamos ante una eclosión emergente de lo que nos amenaza como consecuencia de la manipulación del ser humano. En este punto habría que ser más coherentes. No se puede estar fabricando esclavos y, simultáneamente, ufanarse algunos de ello —como si se tratara del auténtico progreso— mientras que la mayoría experimenta un bien fundado miedo.

Ha habido una marcha atrás, un franco regreso en la actual evolución histórica, dado el hecho tozudo del crecimiento progresivo del racismo, sea por vía nacionalista, sea por vía de manipulación del código genético. Esta última circunstancia, que duda cabe, permitirá en un futuro próximo llevar a cabo una cierta selección genética. Y esto lo ha producido el hombre, que horrorizado de lo que acaba de producir, se siente aturdido, perplejo y aterrorizado, es decir, experimenta el miedo ante lo que ha producido.

3.1. El miedo a la vida

El hombre tiene miedo a la vida, a la tercera edad, a la eutanasia, a cuya consecución él mismo ha contribuido, aunque sea de forma indirecta, al cooperar en esa inversión de la pirámide de población que, lamentablemente, caracteriza a nuestro tiempo. La génesis de la anticoncepción está endeudada con ese racionalismo, que ahora se vuelve contra quienes, años atrás, optaron por él. El hombre ahora confiesa aterrorizado su sospecha, ante la amenaza de que «cuando tenga 70 años me sentiré solo, y tal vez no me paguen la pensión y acaben por eliminarme». Pero quien así experimenta el miedo, no debiera olvidar su colaboración en el pasado con el control de la natalidad y esa artificialización procedimental y técnica de cerrar las puertas a la vida.

El hombre tiene miedo a que, un día cualquiera, una explosión nuclear ponga fin al planeta y el mundo desaparezca. Pero también a eso ha contribuido el hombre

contemporáneo, aunque sólo fuera con su pasividad bienintencionada. Disponemos de muchos datos concretos acerca de las vejaciones que se han hecho al hombre en la segunda mitad del siglo XX. En China y Holanda se ha implantado la eutanasia de forma generalizada. En este último país, sólo en 1990 se dieron más de 25.000 casos de eutanasia, 14.691 de ellos sin conocimiento ni consentimiento del paciente⁵. En España se ha aprobado la esterilización de los deficientes mentales. Y éstas también son obras del hombre. Es lógico que ante situaciones como éstas el hombre experimente miedo.

Ciertas líneas de investigación parecen haber perdido el rumbo, el norte, porque no aceptan en la actualidad límite alguno, porque todo lo que es posible se intenta llevar a cabo sólo porque es posible hacerlo. Esto es el puro y nudo racionalismo, el racionalismo que el hombre había entronizado en sustitución de Dios para, a su través, erigirse él mismo en dios. Acaso, también por eso, la ética se nos presenta hoy como una ciencia confusa e impotente para delimitar el ámbito que en justicia corresponde a los investigadores.

Por citar un solo ejemplo entre otros muchos, piense el lector en la clonación. Todo se hace costumbre al mismo tiempo que todo se banaliza. Entre las técnicas de fertilización "in vitro" se comprueba de modo rutinario la capacidad fecundante de los espermatozoides —antes de fecundar el óvulo de una mujer— fecundando en el laboratorio un óvulo de hámster. Este hecho no es trivial. Al fin hemos entrado en el mundo de la ciencia ficción en el que, a nivel experimental, es ya algo rutinario la unión entre un óvulo de hámster y un espermatozoide del varón. Es lógico que ante hechos como éste, el hombre experimente un cierto miedo a sí mismo. Y eso sin mencionar otros, como el hecho de que los óvulos de mujer, ya fecundados (embriones), sean desestimados, sacrificados o almacenados, para acaso un poco más tarde destruirlos por temor a que el tiempo transcurrido haya podido alterarlos —también tienen fecha de caducidad—, sin que jamás lleguen a ser implantados. Al filo de estos resultados, bastaría con cuantificar el número de fetos que es preciso "sacrificar", cada año, con tal de que continúe la fecundación artificial en el mundo.

Sí, el hombre puede —y hasta debe— experimentar un cierto miedo ante el mal uso que de la técnica él mismo es capaz de hacer.

3.2. Miedo a la libertad

El hombre tiene miedo también a la *libertad*, a la libertad personal. Porque a pesar de que su conciencia esté oscurecida —por sufrir el impacto de tanto falseamiento y

⁵ Cfr. R. Fenigsen: «The Report of the Dutch Governmental Committee on Euthanasia»: *Issues in Law & Medicine*, núm. 7 (1991), pp. 339-344.

tergiversación—, sin embargo, todavía la voz de Dios suena en ella, aunque debilitada y silenciada. Y en conciencia de cada hombre continúa abriéndose paso una voz interpeladora de los errores que se cometen, del abuso que se hace de la libertad personal.

A poco que el hombre contemporáneo reflexione, tendrá una conciencia nítida y lúcida de que se cumple en él aquello, que se lee en la Escritura, de que «hacemos el mal que no queremos y no hacemos el bien que queremos».

Por muy racionalista que se sea, por muy autoposeedor de todos los conocimientos de que uno sea capaz, la voz de la conciencia nos manifiesta que hemos usado mal de nuestra libertad. La libertad y la conciencia comparecen en un mismo acto judicial, por cuya virtud asumimos que fuimos libres y, simultáneamente, que en esta o aquella concreta circunstancia hicimos un mal uso de nuestra libertad.

Si en verdad el hombre fuera todo lo racionalista que dice ser, que se cree ser, lo lógico es que tuviera un control absoluto sobre sí mismo, de manera que sus decisiones libres le encaminaran —de forma estable y consistente— al bien que se propone hacer. Pero la experiencia común demuestra que esto no es así, que nuestra libertad es falible, engañosa, debilitada y pronta al error, hasta el punto de no alcanzar a explicar muchas veces por qué hicimos aquello que, precisamente, desde una actitud racional, nuestra voluntad no quería hacer.

Aquí es donde surge el miedo a la libertad personal: en el hecho de reconocer que a pesar de tener la vida en nuestras manos, muchas veces nos conducimos de forma errónea y vamos hacia donde no queríamos ir. De aquí que no nos fiemos del todo de ella, aun a sabiendas de que no tenemos otra opción que la de contar con ella. Esto demuestra, de una forma patente, que la libertad humana es una libertad encarnada y, por ello, relativa, condicionada y no del todo sujeta a la propia racionalidad. El hombre, en efecto, hace a veces aquello que no quiere —lo que va en contra de sí mismo— y, en consecuencia, lo que hace es malo.

¿Por qué la razón no comparece y se hurta o desvanece, precisamente cuando debería conducir el ejercicio de nuestras libertades? ¿Dónde está el poder racionalista? ¿Dónde se ha escondido? No, no todo es racionalismo en la vida humana. El hombre no se posee a sí mismo hasta ese extremo. Su autoposesión personal está demasiado limitada como para no aceptar el hecho tozudo de que nuestros afectos, intenciones, pasiones y comportamientos no siempre se someten a nuestra razón. Es, pues, necesario admitir —también aquí— un cierto halo de misterio en el modo en que el hombre conduce su vida. Esto es lo que nos informa la experiencia acerca de la condición humana, independientemente de que la persona se alinee o no en el racionalismo. El *realismo* insobornable de esta experiencia alienta en el hombre un cierto temor a lo que tal vez decide en un determinado momento, para acaso desdecirse en el instante siguiente. Surge así la *desconfianza* respecto de sí mismo y un cierto *miedo a la libertad personal*.

¿Dónde está el superhombre que se había erigido a sí mismo en dios? ¿Qué ha sido de ese racionalismo, causa última a la que se remitían todos y cada uno de los comportamientos del hombre, como único argumento dotado de suficiente alcance explicativo? ¿Cómo es que ahora tiene miedo el hombre a su libertad? ¿Por qué no sabe qué hacer con su vida? ¿Cómo es que muchas veces lo que quiere hacer, y es bueno, es precisamente lo que no hace? ¿Por qué, en otras ocasiones, lo que no quiere hacer es, exactamente, lo que hace? Y, a pesar de la tozudez de estos hechos de experiencia, ¿por qué continúa erigiéndose en dios, cuando en tantas circunstancias ni siquiera puede conducirse a sí mismo?

3.3. Miedo a las exigencias morales

El hombre tiene miedo a las *exigencias morales*, una cuestión también hoy en alza. «Al hombre contemporáneo le es difícil volver a la fe —escribe Juan Pablo II—, porque le asustan las exigencias morales que la fe presenta [...] *El Evangelio es ciertamente exigente*. Es sabido que Cristo, a este respecto, no engañaba nunca a Sus discípulos ni a los que Le escuchaban. Al contrario, les preparaba con verdadera firmeza para todo género de dificultades internas y externas, advirtiéndoles siempre que ellos también podían decidir abandonarle. Por tanto, si Él dice: “¡No tengáis miedo!”, con toda seguridad no lo dice para paliar de algún modo sus exigencias» (pp. 216-217).

La desconfianza en Dios suscita y condiciona el resurgir de la desconfianza respecto de uno mismo. Cuando el hombre considera que lo que Dios le pide —por ejemplo, el cumplimiento de una norma moral— es excesivo, entonces forzosamente habrá de dudar de su propia capacidad para hacer frente y satisfacer esas exigencias. Pero en este ámbito de la autodesconfianza quien más tiene que perder es el mismo hombre. En efecto, si el hombre considera como inalcanzables esas propuestas y exigencias morales, el autoconcepto que de sí mismo forme será, cuando menos, negativo y desde ahí no se entiende cómo podrá crecer y desarrollarse en toda su estatura humana.

En el fondo, las críticas más enérgicas y enconadas a la Iglesia —también las peor fundamentadas por su visceralidad— son las que se dirigen a las cuestiones de teología moral, a lo que se debe hacer o no, al sentido del pecado, a lo que es o no pecado, en una palabra, a las normas que sirven de orientación al comportamiento humano. Es lógico que sea así, porque es ahí precisamente donde cada hombre se experimenta más profundamente interpelado por Dios. Y lo mismo puede afirmarse respecto de la vida social y de las instituciones, marco en el que se proyectan los comportamientos personales, condicionando poderosamente la moral y costumbres sociales.

La desconfianza del hombre respecto de su capacidad para cumplir con estas exigencias es mala compañera en el viaje por la vida, porque inicialmente le sitúa en el ámbito del *pesimismo antropológico*, de las antropologías negativas que desdibujan y

arruinan las numerosas posibilidades reales de la persona. El *homo necessitudinis*, el hombre necesitado de todo, desvalido y maltrecho, es la imagen a que conduce esta perspectiva antropológica. Pero la Iglesia tiene el grave deber de defender un concepto de persona que, además de realista, contribuya a satisfacer el profundo anhelo de felicidad que subyace en todo hombre. Por eso no tiene sentido cuestionar estas exigencias con preguntas inadecuadas —«¿Quién es la Iglesia para imponer esto?»— que apenas si logran enmascarar la tibieza y el abandono de la persona que trata de huir de sí y que no quiere ser quien es por naturaleza, ni que le ayuden a conseguirlo.

Las exigencias morales a las que el hombre tiene miedo no constituyen un conjunto de obligaciones sobreañadidas que compiten o restringen el ámbito de su libertad personal, impidiéndole ser feliz. Por contra, esas exigencias no son sino el marco de referencias, el mapa cognitivo y axiológico, la carta de navegación a la que todo hombre debiera estar atento y consultar con harta frecuencia, si de verdad su trayectoria biográfica quiere llegar al puerto seguro y acogedor de una vida plena y lograda: la felicidad personal.

La moral de Cristo es, ciertamente, muy exigente. Pero al mismo tiempo manifiesta que lo que Él exige no desborda nunca ni tergiversa la condición humana, sino que es conforme con las grandes posibilidades de su naturaleza. Si el hombre las acepta desde la fe, encontrará también en la Gracia la ayuda que necesita. Y Dios, el gran valedor del hombre, no permitirá que le falte la fuerza necesaria para llevar el lance de esas exigencias a su plena satisfacción. He aquí el justo ámbito donde debe plantearse este problema, de manera que el hombre disuelva sus miedos respecto de las exigencias morales.

Los cristianos no tenemos miedo, a pesar de estas fuertes exigencias morales, porque tenemos la firme convicción de que no estamos solos, porque sabemos que ellas se ordenan y conforman bien con nuestra naturaleza, y porque aunque tenemos experiencia de nuestras equivocaciones y yerros nos fiamos de Dios y sabemos que su Gracia no nos ha de faltar.

El cristiano está sostenido por la Gracia, pero a la vez goza de libertad para determinarse a obrar en uno u otro sentidos. Y esto, qué duda cabe, es un profundo misterio. Y además, cuando yerra y peca, siempre puede regresar mediante el Sacramento de la Penitencia, —hoy muy en desuso— y alcanzar el perdón y volver a estar sostenidos por la Gracia.

«El mundo está lleno de pruebas, continúa Juan Pablo II, de la fuerza salvífica y redentora, que los Evangelios anuncian con mayor énfasis que aquel con que recuerdan las obligaciones morales [...] lo que Él exige no supera las posibilidades del hombre»⁶.

6 *Ibíd.* p. 217.

Esto es lo fundamental. Dios exige mucho, pero lo exigido no supera las posibilidades del hombre.

En primer lugar, porque el hombre es un ser irrestricto, permanentemente abierto, con vocación de verdad, que anhela ser eterno. Y es bueno que quiera eso, porque su alma es inmortal y, por el alma, el hombre puede llegar a ser todas las cosas. De aquí su enorme capacidad. Que el hombre se puede equivocar, que tiene pasiones, que es débil... ¡De acuerdo! Pero también dispone de la Gracia. Y la Gracia es lo que nos hace compañía en cada acto, en cada determinación, disminuyendo las posibilidades de error de nuestra libertad debilitada, como consecuencia del pecado original. Por tanto, en la Gracia tenemos el remedio para no tener miedo a las exigencias morales. El hombre puede cumplir muy bien con todos los mandamientos. ¿Por qué? Porque no está solo, porque dispone de un "plus" poderoso, de una plusvalía adicional que le sirve de fiador y guía en todo cuanto emprende: la Gracia. Y la Gracia es un don que nadie merece. ¿Cómo se puede ser racionalista y estar necesitado de un don que no se merece, que no procede de uno y que no permite ser apresado mediante procedimientos empíricos?

Aceptar las exigencias del Evangelio quiere decir afirmar la propia y completa humanidad, viendo en ella toda la belleza querida por Dios. Lo que es imposible a los hombres es posible a Dios, porque el misterio del hombre no se resuelve nada más que en el misterio de Cristo. De una parte, nos encontramos con las exigencias morales propuestas por Dios al hombre; de otra, con la sobreabundancia del don salvífico, es decir, del don de la Gracia. Y entre ambas, al hombre con su libertad, que ha de decidir en cada caso qué hacer con su vida, si realiza en sí o no la imagen y semejanza en que consiste.

Juan Pablo II disipa los miedos del hombre al responder una pregunta fundamental. «¿Qué otra cosa es la Redención de Cristo sino esto? *Dios quiere la salvación del hombre, quiere el cumplimiento de la humanidad según la medida por Él mismo pensada*, y Cristo tiene derecho a decir que el yugo que nos pone es dulce y que su carga, a fin de cuentas, es ligera» (pp. 217-218). Ciertamente, el hombre puede cumplir las exigencias morales que son propias del cristiano. Basta con fiarse de Dios y con no fiarse tanto de uno mismo.

3.4. Miedo al sufrimiento

El hombre tiene *miedo al sufrimiento*, el hombre tiene *miedo a la cruz*. Esto es lo que acontece cuando no disponemos de un sentido para el dolor. Hoy se teme al sufrimiento. Un hecho tan tozudo, una verdad tan elemental como la de la muerte casi ha desaparecido de nuestra cultura. El hombre no quiere encontrarse con ella, y la muerte le ha sido hurtada, porque también le da miedo. Desde esa posición es muy difícil que el hombre pueda descubrir que encontrar la cruz es encontrar a Dios; que si se ama a

Dios, ha de amarse la cruz; que el dolor tiene sentido –misterioso y recóndito–, pero sentido al fin, incluso aún cuando la razón se quiebre en su búsqueda y aunque nunca pueda apresarse del todo su sentido.

La solución a ese miedo del hombre al sufrimiento está varada en una fuerte y misteriosa presencia. «Es necesario que en su conciencia resurja con fuerza la certeza de que existe Alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa, Alguien que tiene las llaves de la muerte y de los infiernos (cfr. Apocalipsis 1,18), Alguien que es el alfa y el omega de la historia del hombre (cfr. Apocalipsis 22,13), sea la individual como la colectiva» (pág. 216). Esto es lo que en verdad suprime el miedo del hombre: la convicción de que no está solo. Y ese Alguien es amor, amor hecho Hombre, amor crucificado y resucitado, amor continuamente presente entre los hombres, amor eucarístico, fuente incesante de compañía, unión y comunión.

Ese Alguien es el único que puede dar plenas garantías a los anhelos del hombre. Ese Alguien está diciendo que no, que no puede el hombre tener miedo de sí mismo, que el hombre es el único ser en el mundo que ha sido querido por sí mismo. Cómo va a tener miedo de sí mismo, si el acto fundante de su ser es una donación de Dios, un acto amoroso que precedió a su existencia. ¿Cómo va a tener miedo a la vida, si el origen de su vida es el Amor?

El hombre *no soporta en sí mismo la misteriosa presencia de Dios* que se trasluce en el claroscuro de su ser personal. Esa presencia es, sin embargo, lo más íntimo a su intimidad, la hechura cierta de su ser personal, la imagen del diseño concebido desde la eternidad en la que él mismo ha resultado animado y materializado. Esa presencia de Dios no es algo ajeno, intrusivo e impuesto al hombre desde fuera, sino que es lo más auténtico de su ser personal, el rasgo fundamental que le define como quien es.

Y eso es lo que demuestra que el hombre es más que el hombre, que en cada persona hay misteriosamente un “plus”, un “además”, que le trasciende y en el que el hombre se autotrasciende. Precisamente, por esa presencia inefable de Dios en el hombre, cada hombre se autoconstituye como un *novum* por antonomasia en el mundo. La grandeza de la vida humana consiste en buena parte en esto: en que el hombre por su libertad puede realizar en sí mejor o peor –o incluso no realizar en absoluto y frustrar por completo– la imagen que es, la hechura en que consiste.

En esto consiste ser sí mismo, autorrealizarse personalmente, ser feliz. Cuanto mayor sea la presencia de Dios en el hombre –y lo será en la misma medida que realice en sí y lleve a plenitud esas exigencias–, tanto más auténticamente el hombre será él mismo y tanto más autorrealizará esa plenitud a que aspira. La autorrealización de que aquí se habla tiene una decidida vocación interpersonal. Esto quiere decir que el hombre se autorrealiza en la misma medida que contribuye a la realización de los demás, a que los otros también se autorrealicen. La autorrealización personal es forzosamente interpersonal e interdependiente.

4. EL HOMBRE TIENE MIEDO DEL MUNDO

El hombre tiene miedo a los demás, al mundo, a la crisis cultural contemporánea, a la sociedad, a las guerras, al desequilibrio ecológico, al hambre, a la falta de paz, a su propia supervivencia, a las crisis económicas, al SIDA y a mil cosas más. Y estos miedos tienen un cierto fundamento objetivo, como cualquier historiador contemporáneo podría fundamentar, de atenerse al estudio atento de las huellas que el hombre del siglo XX ha dejado en la historia.

Da la impresión de que el siglo XX ha sido un siglo colosal, repleto y adensado de realizaciones. Y, en cierto modo, así es. Por eso no podemos ser pesimistas, a pesar de que también los problemas actuales sean tremendos. Sin embargo, quien contemplara así la historia, no andaría en verdad y podría llegar a conclusiones muy erróneas.

Pues, como escribe Pinillos, «el siglo XX con sus doscientos millones de víctimas, sus genocidios y sus ciudades arrasadas ha dado al mundo un macabro testimonio del horror en que puede desembocar un mito cuando calla la verdadera razón, la que incluye la moral. Y, lo que es peor, no se ve claro que el siglo XXI haya aprendido la lección»⁷.

Nadie dudará a estas alturas que nuestra sociedad se ha tornado demasiado problemática y compleja, con desequilibrios lacerantes entre unas y otras personas y pueblos, con una paz amenazada que apenas si logra sobrevivir en una precaria e inestable situación, con vejaciones y crímenes incontables que proyectan su sombra patética sobre el inicio de este siglo XXI, haciendo de él uno de los periodos históricos más infausto. Algunos sostienen que precisamente en el siglo XX es cuando más ha sufrido la dignidad del hombre, cuando más atrocidades se han cometido en la historia de la humanidad.

De un lado, hemos alcanzado cosas maravillosas y obtenido importantes avances humanitarios; pero, de otro, ha sido el siglo que más ha aplastado la dignidad humana. Hay, a qué dudarlo, una especie de disonancia entre esas adquisiciones y vejaciones, entre la ganancia de libertades y ciertos aherrojamientos innovadores e intensificados que aplastan la dignidad de la persona. Y esa disonancia forzosamente ha de causar en el hombre un cierto vértigo.

A pesar de todo ello, contamos con la suficiente fortaleza como para poder afirmar que vivimos en uno de los mejores mundos posibles, siempre que para resolver esos graves problemas el hombre se decida realmente a buscar soluciones.

El mundo parece haberse vuelto inhóspito para el hombre, pero conviene recordar que, a pesar de todo, también el mundo viene de Dios. Es responsabilidad del

7 J.L. Pinillos: «Del mito a la razón y vuelta a empezar», *Saber Leer*, n° 167 (2003), pp. 1-3.

hombre devolver al mundo su primer y prístino significado, el que tenía en el momento de la creación. Es también responsabilidad humana respetar su naturaleza, avalarlo y adornarlo, desvelando en él las multiformes riquezas y recursos que ignotos todavía encierra, para ponerlos a disposición de los demás —¡de todos!— y contribuir a que el hombre, su destinatario, se enseñoree y goce con lo que Dios creó.

Para asumir este reto el hombre cuenta con el *trabajo*. Pero para que ese trabajo sea eficaz no puede nacer de los rescoldos del miedo, sino del amor. El hombre ha de amar el mundo, en lugar de experimentar miedo ante él y sus problemas.

5. EL HOMBRE TIENE MIEDO DE DIOS

El hombre contemporáneo tiene miedo de Dios. Es muy probable que ésta haya sido una constante en el hombre y que, por tanto, no sea útil para caracterizar la actual situación. En este punto resulta imprescindible recordar lo que se dijo, líneas atrás, respecto de la distinción entre el miedo y el temor.

El hombre tiene miedo a Dios, a pesar de su actitud racionalista o precisamente por ella. A pesar de tanto agnosticismo, ateísmo y confusionismo, el hombre continúa teniendo miedo a Dios. Acaso no crea en Dios, pero le teme. Pues, como afirman algunos, «es mejor temerle... por si acaso». Es éste un miedo incierto enraizado en el... acaso. Algunos, que han vivido como incrédulos, cuando experimentan que el zarpazo de una grave enfermedad se clava en ellos, piden confesarse... “por si acaso”, por si acaso Dios existe y aunque sólo sea por aminorar el riesgo, naturalmente un riesgo calculado.

Un descubrimiento luminoso del pensamiento antropológico de Juan Pablo II es haber puesto de manifiesto que el hombre tiene miedo a Dios. Juan Pablo II plantea aquí, por una parte, el amor y la presencia de Dios y, de otra, la ausencia de Dios. Recordando el esquema hegeliano del amo y el esclavo, afronta el miedo servil, un miedo que, lamentablemente, está hoy muy extendido.

El miedo servil es el que experimenta el esclavo respecto de su amo. Si el hombre experimenta a Dios como el amo y a sí mismo como el esclavo, entonces ha de obedecer siempre a Dios. Pues, de lo contrario, sería duramente castigado con las penas del infierno durante toda la eternidad. El temor del esclavo se funda más en un conocimiento positivo del infierno (dolor y sufrimiento) que en lo que éste tiene de negativo, de privación, de lo que más debiera dolerle: la ausencia y privación de Dios, de la que apenas si tenemos conocimiento. Éste, qué duda cabe, es el sufrimiento más penoso. El hombre se fija más, focaliza y entiende mejor lo que es sensible que lo que no lo es.

Entre amo y esclavo no hay amor. Si el amo es amo y el esclavo es esclavo, no puede haber nunca amor entre ellos. De haber amor, el esclavo sería libre —como tantas veces

ha sucedido en la historia—, pero en ese caso dejaría de ser esclavo. De hecho, ya en Roma, cuando el amo amaba a un esclavo lo hacía liberto, le daba la libertad. Eso es lo que Dios ha hecho con el hombre, sólo que desde el principio, sin tener que abolir, en un segundo momento, la inicial esclavitud. De otra parte, las actitudes racionalistas chocan frontalmente con el esquema hegeliano. ¿Cómo puede sostenerse que alguien sea racionalista y, por tanto, libre, al mismo tiempo que esclavo respecto de un Dios-amo? Esto no se entiende. Las dos anteriores actitudes no pueden articularse entre sí, por ser contradictorias.

¿Qué sucede cuando, a pesar de la anterior contradicción, no se remonta el esquema hegeliano? Pues, sencillamente, que si Dios es el amo, entonces el hombre tiene que rebelarse.

5.1. El pecado original

He aquí una de las raíces de la prepotencia y rebeldía del hombre, que Juan Pablo II vincula al pecado original —"seréis como dioses", propuso la serpiente mentirosa—, de donde procede el miedo del hombre a Dios. En el pecado original hay como dos momentos de muy diverso significado: el primero, de desobediencia a Dios (tomar la manzana) y, el segundo, de motivación prepotente (ser como Dios).

Adán y Eva tomaron la manzana no sólo para no obedecer a Dios, sino también para ser como Dios. Esta misma es la tentación altanera que hoy se presenta al hombre. El hombre no incumple un mandamiento de la ley de Dios, sólo para no obedecer a Dios. El hombre lo incumple para elegirse a sí mismo, para constituirse y autoconfigurarse como un ser absoluto, como un dios no dependiente de nadie, capaz de autoerigirse en juez de lo que es el bien y el mal.

En esta dialéctica entre el amo y el esclavo, la paternidad está abolida. El amo no puede ser padre y amo simultáneamente respecto del esclavo; el hijo no puede ser esclavo e hijo, al mismo tiempo, respecto del amo. El concepto de Dios como padre desaparece. Si lo que llamamos Padre es entendido como amo, entonces el amor de Dios entra en crisis y es sustituido por el miedo, el miedo al amo. De este modo se induce en el hombre una pelea incesante contra Dios, hasta en sus más pequeños detalles y manifestaciones.

El miedo a Dios se acuna en la desconfianza, en la debilidad de la fe. El miedo induce al anonimato, a pasar inadvertidos, a tratar a Dios desde la distancia y el cálculo que rechaza, mediante una empalizada artificialmente construida, su cercanía y proximidad. Hay que tratar a Dios, pero sin excesos, no sea que siendo celoso como Él es, nos pida más de lo que estamos dispuestos a darle. Por eso, es mejor no preguntarle nada.

En el fondo, si nos tenemos miedo a nosotros mismos, es porque tenemos miedo a Dios. Si nos conocemos tan mal, es porque no nos queremos conocer en Él. Por eso

hay tanto miedo a hacer oración. He aquí una clave fundamental para resolver los miedos del hombre contemporáneo. Y fundamental significa aquí la fuente de la que mana la mayor parte de los miedos del hombre. Si se vence ese miedo fontal, todos los demás se derrumbarán, como sucedió con el muro de Berlín. Y es que no es posible tener miedo a Dios y al mismo tiempo quererle como Padre.

La dialéctica amo-esclavo engendra una actitud que no puede conciliarse con el hecho de que Dios sea Amor; ni con el hecho de que el hombre sea imagen suya y, por tanto, presencia amorosa de Dios en el mundo; ni con el don fontal y originario de la propia existencia. Cada cristiano es también un testigo, una presencia de Dios en el mundo. Cada hombre ha llegado a ser el que es porque Dios le ha amado con anterioridad y le ama por sí mismo.

5.2. El santo temor de Dios

En esta otra perspectiva Dios es considerado como un Padre. Y ante el Padre resulta imprescindible la natural comparecencia del amor filial. Ante el Padre no comparece el miedo, aunque sí pueda hacerse presente el temor filial. ¿Temor a qué? A ofender a quien se ama, a ofender a la persona que se ama y que más y mejor ama al hombre.

Esto es lo que acontece en esa batalla librada por un niño de siete años, que mira con sus insólitos ojazos a su padre, a quien quiere tanto y que, sin embargo, es consciente de haberse portado mal con él. Tal vez, sea demasiado travieso y a pesar de los esfuerzos que hace una y otra vez, con frecuencia fracasa, se torna rebelde, desobedece. Cuando mira a su padre y le ve enfadado, se siente mal, porque es consciente de haber disgustado a la persona que más quiere. Y, aunque posiblemente no esté muy seguro de por qué y cómo ha hecho aquello, es consciente, sin embargo, de que ha hecho algo mal a alguien —de eso no tiene ninguna duda—, y por eso quiere pedir perdón, y por eso se siente arrepentido: emerge en este punto el temor filial.

Y ese temor sí que es compatible con el amor. No sólo es compatible, sino que es su raíz y prolongación. Si el hijo no amara a su padre, le importaría muy poco haberle disgustado. Pero como le ama y se da cuenta de que no ha procedido bien, experimenta temor por el daño causado, y también por sus consecuencias. Por eso pide perdón.

El “per-dón” es un don especial que gratuitamente damos a otro, aún a pesar de que el otro esté en deuda con nosotros. El título de esta deuda agiganta el valor de esa donación, en que consiste el perdón. Y si pide perdón, la ofensa desaparece y llega la reconciliación. El amor aleja de sí al temor. Este último se desvanece tras el perdón. De aquí que sea tan difícil distinguir entre el santo temor de Dios y el amor a Dios. Una ofensa al amor suscita el temor. Y el temor —el dolor de haber perdido a quien se

amaba— abre a la confesión en busca del perdón. La confesión del mal que se ha hecho suscita, mediante el arrepentimiento, la reposición del amor. El temor es siempre un cierto amor inicial, un amor en estado naciente.

El temor constituye una cierta cruz. Pero, en tanto que amor naciente, es la otra cara del amor. El santo temor de Dios es otro aspecto del amor de Dios, es decir, del amor a la cruz. La cruz está también ínsita en el hombre, en sus limitaciones, equivocaciones y errores. Y hay que amar también eso. Porque eso forma parte de nuestro ser y porque amarnos en eso es un buen indicador de que nos aceptamos como somos, es decir, seres que no somos absolutos sino relativos, seres finitos y contingentes al fin, aunque con vocación de absoluto, con hambre de eternidad, con sed de infinito.

El santo temor de Dios es un don del Espíritu Santo. Temer a Dios es algo excelente, porque es un don que el Espíritu Santo ha puesto en el alma del hombre. «El principio de la sabiduría es el temor de Dios»⁸. «Entre los siete dones del Espíritu Santo —escribe Juan Pablo II—, señalados por las palabras de Isaías⁹, el don del temor de Dios está en último lugar, pero no quiere decir que sea el menos importante, pues precisamente *el temor de Dios es principio de la sabiduría*. Y la sabiduría, entre los dones del Espíritu Santo, figura en primer lugar. Por eso, al hombre de todos los tiempos y, en particular, al hombre contemporáneo, *es necesario desearle el temor de Dios*»¹⁰.

El séptimo don es el temor, pero el primero es la sabiduría, y aquél conduce a ésta. Ser sabio es temer a Dios. Este temor no paraliza como el miedo, sino que, a quienes lo descubren, les encamina apresuradamente a pedir perdón. El miedo, por contra, paraliza y cierra al hombre en el hermetismo estrecho de su intimidad egótica y huidiza de todo cuanto no sea su restringida y limitada subjetividad. Por eso, Juan Pablo II concluye afirmando que el temor a Dios es la fuerza del Evangelio, porque es creador, sabiduría, responsabilidad.

«*Para liberar al hombre contemporáneo del miedo de sí mismo, del mundo, de los otros hombres, de los poderes terrenos, de los sistemas opresivos, para liberarlo de todo síntoma de miedo servil ante esa "fuerza predominante" que el creyente llama Dios, es necesario desearle de todo corazón que lleve y cultive en su propio corazón el verdadero temor de Dios, que es el principio de la sabiduría*».

Para extinguir el miedo y hacerlo desaparecer hay que experimentar el temor. El hombre ha de optar entre el miedo o el temor. El miedo no es cristiano, el temor sí. Desde la actitud del santo temor, la persona puede enfrentarse a Dios en la oración y, sin experimentar ningún miedo, atreverse a preguntarle: ¿qué quieres de mí?

8 *Salmos* 111 (110), 10.

9 11,12.

10 p. 219.

Pero si la oración arranca del miedo al Amor, del miedo que experimenta el esclavo ante el amo, el hombre jamás se atreverá a preguntarle a Dios nada, renunciando así a conocerle y conocerse. El esclavo no hace preguntas íntimas a su amo, preguntas que tal vez pueden poner en peligro su endeble comodidad y, de este modo, arriesgar su precario e incierto futuro.

¿Por qué desde la actitud del temor sí que podemos enfrentarnos a Dios? Porque ese santo temor indica ya un cierto abandono en Dios, un no querer saber nada acerca de los resultados. Abandonarse en Dios es confiar tanto en Él, que nada importa ya a no ser ese mismo abandono. En unas circunstancias como éstas, poco importa ofertar la libertad personal para que haga con ella lo que quiera. Ahora ni siquiera preocupan los resultados, sino tan sólo el fin final de la historia personal en este mundo y en el otro. Eso es abandono.

Abandonarse de esta suerte no es otra cosa que amar. Cuando una persona ama a otra se abandona en ella. Se autoexpropia a sí misma en favor de la otra. Temer a Dios es abandonarse en Él, es decir, autoexpropiarse en favor de Dios, para que el título de la propiedad de la vida personal lo tenga Dios y sólo Dios.